



La tragedia de la política y la política de la tragedia: una reflexión sobre la sabiduría trágica en nuestro presente. Réplica a la ponencia de Fernando Rampérez*.

The tragedy of politics and the politics of tragedy: a current reflection on tragic wisdom. Reply to Fernando Rampérez paper.

Marco Antonio Corrales Gutiérrez**
marcoantonio.corrales@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.10824

Resumen: Réplica al artículo anterior titulado "El velo, la apariencia y algo demasiado grande" y publicado en este mismo número.

Abstract: Reply to the above article entitled "The veil, the appearance and something too big" and published in this Issue

Palabras clave: arte; tragedia; sublime; velo; representación.

Keywords: Art, Tragedy, Sublime, Veil, Representation.

* El artículo recoge la exposición realizada en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid en la sesión del SNC el 29 de octubre de 2012.

** Español. Licenciado en Filosofía y Máster en Estudios Avanzados en Filosofía por la Universidad Complutense. Actualmente se encuentra realizando una tesis doctoral en la Universidad de Barcelona sobre Nietzsche y la política.

A lo largo del *Nacimiento de la Tragedia*, Nietzsche desarrolla una nueva interpretación del sentido de la tragedia griega que incumbe directamente a la filosofía, la moral, e incluso la política en la actualidad. Al hilo de la ponencia del profesor Fernando Rampérez introduciré algunas posibles implicaciones ético-políticas en la sociedad actual implícitas en esta obra de Nietzsche.

Siguiendo el pensamiento crítico con la metafísica que Nietzsche pone de manifiesto a lo largo de su obra, "la apariencia" es ese ámbito de la realidad degradado, que alberga dentro de sí el recuerdo de una trascendencia de la que los sentidos sólo captan una mala copia. *El Nacimiento de la Tragedia* forma parte de una investigación histórico-filológica que rápidamente muestra su carácter genealógico, en el que la interpretación filosófica juega un papel fundamental. Concretamente la *dialéctica* será un elemento clave a través del cual se comenzó a estudiar la tragedia griega y por extensión toda la filosofía occidental.

"El socratismo es más antiguo que Sócrates; su influjo disolvente del arte se hace notar ya mucho antes. El elemento de la dialéctica, peculiar en él, se introdujo furtivamente en el drama musical ya mucho tiempo antes de Sócrates, y produjo en su bello cuerpo un efecto devastador. El mal tuvo su punto de partida en el diálogo"¹.

"La tragedia, surgida de la profunda fuente de compasión, es pesimista por excelencia. La existencia en ella es algo muy horrible, el ser humano, algo muy insensato(...). La dialéctica, por el contrario, es optimista desde el fondo de su ser: cree en la causa y el efecto y, por tanto, en una relación necesaria de culpa y castigo, virtud y felicidad: sus ejemplos de cálculo matemático tienen que no dejar resto: ella niega todo lo que no puede analizar de forma conceptual"².

A partir de estas afirmaciones podemos llegar a entender mejor cómo la tragedia durante la antigüedad sufre una transformación esencial que afectó de una manera radical a su sentido primigenio. La figura de Sócrates personifica esta transformación, y la dialéctica será la herramienta fundamental que fragmenta la realidad en dos mundos opuestos, el de la esencia y el de la apariencia. Lo que se pone de manifiesto a partir de Sócrates tiene unas consecuencias directas para la creación de un proyecto de Estado platónico que es inseparable de la introducción de una idea de justicia suprema capaz de dar una finalidad a todo lo existente.

Nietzsche descubre que la tragedia sufrió una paulatina transformación a causa del socratismo, que fue pareciéndose cada vez más a un juicio, dejando el

¹ NIETZSCHE, Friedrich: *El Nacimiento de la Tragedia* (Escritos preparatorios), Madrid: Alianza Ed. , 2007, pág. 238

² NIETZSCHE, Friedrich: op. cit., pág. 240.

elemento genuinamente trágico y música fuera de allí, de la ciudad, del estado y de la razón, porque en él se encontraba lo injustificable, lo monstruoso de la existencia, esa parte de la realidad incapaz de expresarse con palabras. La tragedia griega y la cultura a la que pertenecía, en la que mediaba un equilibrio de fuerzas entre dos impulsos fundamentales, apolíneo y dionisiaco, fue transformándose, dando como resultado la cultura *alejandrina* de la que hoy en día somos herederos.

Dionisios juega creando para destruir y Apolo se apodera de esas formas y en cierta manera nosotros, los habitantes del presente, hacemos lo mismo en cada actividad diaria; tenemos impulsos apolíneos cuando nos aferramos a un ideal, a una imagen del mundo estática que marca un horizonte hacia dónde dirigir nuestros pasos, y la vez cada momento nos enfrenta a la fuerza irreductible del azar, que desbarata nuestros planes, insufla el caos con el que tenemos que lidiar, disolviendo los contornos, difuminando las formas. El mundo lúcido y claro se vuelve turbio, y las identidades difieren de sí mismas.

Esta manifestación, de aquello *demasiado grande*, llamémosle *devenir*, destino, o eso que se escapa a los límites y a la medida, causa un desbaratamiento que puede ser vivido con espanto o con disfrute, dependiendo del impulso que se apodere de nosotros.

Nos puede llevar al caos absoluto, al abandono y al perfecto desastre cuando lo entendemos desde la perspectiva de platónico-cristiana, pero también nos puede llevar a la novedad absoluta, al éxtasis, a la creación y al deseo de vivir, entendido desde la perspectiva trágica

Después de encontrar que detrás de la verdad no hay verdad, de que no hay ley, Dios, ni fundamento, nosotros los nihilistas podemos perdernos en la desesperación absoluta del sinsentido, el caos y la negación del mundo, o por el contrario celebrar por fin que ha llegado nuestro momento, que ahora detrás de nuestras identidades, naciones, razas, sexos, sólo hay máscaras, y que la representación ya no responde a una imagen del mundo basada en una verdad y una ley universal, que nos de la seguridad y nos salve del caos, el dolor y la destrucción. La representación puede ir más allá del terror y del miedo, transgredir la seguridad de las formas para adentrarse en el magma de lo desconocido. Apolo sin miedo a Dionisios.

Aceptando que el trasfondo de todo no es racional, de que todo es demasiado grande, y está más allá del bien y del mal ¿Cómo construir un mundo vivible? ¿Cómo aceptar la vida en su propio sinsentido y crueldad? ¿Cómo incluso podemos manejarnos con nociones éticas-políticas o incluso epistemológicas no basadas en un principio universal ordenador y legal que nos dé seguridad y estabilidad frente al desastre de un devenir continuo? ¿Cómo determinar cuál es

el criterio correcto para obrar, si toda justificación de la existencia es puramente immanente, y por ende estética?

La salida a este embrollo inquietan más cuando vivimos en un presente en el que la urgencia por un criterio en nuestras acciones y la desproporción entre lo que hacemos y las consecuencias de nuestros actos, nos llevan a una situación parecida a las de los héroes trágicos. Hay que actuar ya, sea como sea, sin saber cómo, ni por qué.

¿Frente a este sinsentido y absurdo, la justificación estética nos arma frente al desastre económico y ecológico al que la humanidad se encamina, en una embriagadora contemplación del caos, del desastre y del sinsentido?

¿Los continuos intentos socrático-alejandrinos serían suficientes para reformular el mundo en base a principios fijos e inmutables para como mínimo corregir la situación y llegar a vivir un mundo seguro, habitable, y ordenado?

Intentaré dar un argumento para mostrar que el miedo al desastre de la civilización heredera del socratismo y su justificación moral de la existencia está llevando a un desastre aún mucho más profundo.

El principio de individuación exagera la separación entre las cosas, entre los seres, por eso la supuesta libertad del individuo burgués se basa en el miedo, en la angustia por desaparecer, en el deseo por permanecer separados, únicos y clasificados, para no perderse en devenir y en el azar. En medio del liberalismo totalitario en el que estamos inmersos nuestra sociedad lleva al extremo esta imagen del "yo", receloso, incapaz de derrochar fuerza y vida, de regalar y entregarse sin que medie en ello intercambio económico, préstamo, o sentimiento de "deber algo".

Ese miedo platónico, cristiano, burgués, nos hace ser planamente responsables, ahorradores, buenos clientes, buenos trabajadores, llevar hasta el paroxismo nuestra buena conciencia controlada por el miedo a ser otra cosa, por el miedo a representar algo que no estaba en el guión y que el mundo se precipite en el desastre.

Mientras los genios, los arriesgados, los que se atreven a experimentar son encerrados en cubículos de normalización, dentro de una sociedad de control. Un control que está teniendo un éxito sin parangón en la historia, donde la libertad se sacrifica en nombre de la seguridad, la policía es nuestra propia conciencia y nosotros somos los culpables del desastre económico: la deuda como origen de la culpa, como Nietzsche ya postuló en la *Genealogía de la Moral*. Pues bien, la realización de ese miedo en forma de negación de esa región *demasiado grande* que escapa a nuestro pequeño mundo del "yo", de las construcciones de

identidades basadas en categorías dialécticas en forma de naciones, géneros, clases sociales nos ha inmovilizado para la actuación, y el fundamento de nuestra libertad individual está siendo el mejor argumento para nuestra esclavitud.

Vivir eliminando ese trasfondo aterrador que amenaza nuestras certidumbres nos está llevando a sacrificar la propia posibilidad de la vida. La sabiduría trágica consiste en actuar a sabiendas que la propia actuación no puede remediar nada; porque sabemos que es necesario actuar; pero si alguna vez se llegase a remediar algo sería porque el devenir se habría agotado, el mundo se habría doblegado a una voluntad y todo habría perecido.

Sólo una justificación estética de la existencia podría respetar la posibilidad de actuación individual en un ámbito de "no destrucción" de lo que se opone a ella (no dialéctica), ya que las construcciones plásticas de sujetos no exclusivas y abiertas a la transformación, podrían encontrar un ámbito de creación de una intersubjetividad en continua realización; dando como resultado diferentes formas de vivir, en comunidades que no se fundamentasen en estados, individuos, castas, o cualquier elemento gregario que se pudiera utilizar para escapar del terror de una existencia que aniquila lo injusto, lo absurdo, lo incomprensible, lo que nos causa dolor, eso demasiado grande que siempre se nos escapa y que intentamos eliminar de nuestra conciencia.